









PÁGINAS
DE
SANTA TERESA DE JESUS

LIBRO DE LECTURA PARA LAS NIÑAS



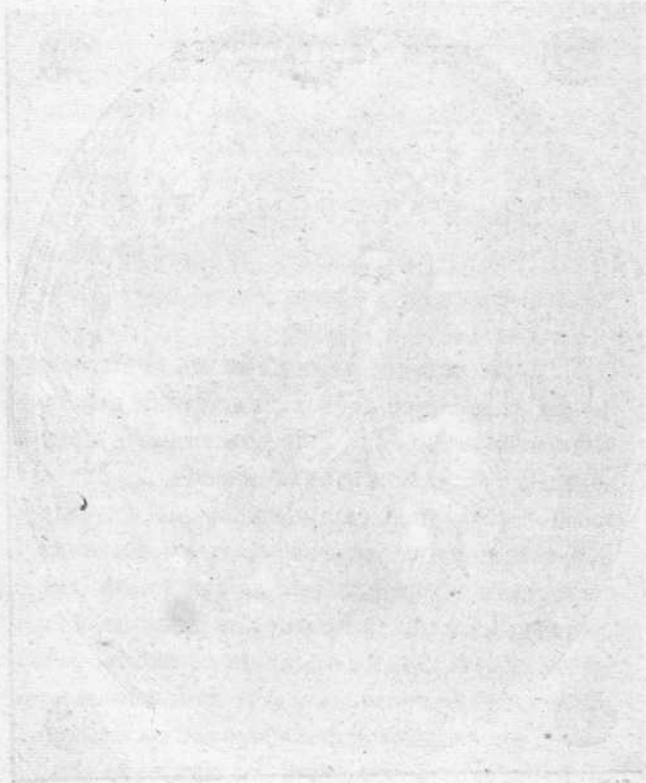
MADRID: 1877

LIBRERÍA RELIGIOSA DE LA PROPAGANDA CATÓLICA
Calle del Correo, núm 2.

SANTA TERESA DE JESUS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS





SIETE MEDITACIONES

SOBRE

EL PATER NOSTER

1 Como conoce nuestra hechura el Hacedor de ella, y sabe que por ser capacidad de nuestra alma infinita cada dia pide cosas nuevas, y no se quita con recibir una solamente, manda el mismo Señor en el capítulo sexto del Levítico, que porque no se acabase el fuego del altar, cada dia le cebase el sacerdote con nueva leña, como significando en figura, que para que el calor de la devocion no se muera ni resfrie, cada dia le cebemos con nuevas y vivas consideraciones. Y aunque esto podria parecer imperfeccion, es divina providencia, para que siguiendo el alma su condicion, siempre ande investigando las

infinitas perfecciones de Dios, y no se contente con ménos, pues sólo él puede henchir su capacidad.

2 Una cosa es la que se pretende sustentar, que es el fuego del amor de Dios; pero muchos leños son menester, y cada dia se han de renovar, porque el calor y eficacia de nuestra voluntad todo lo consume y todo le parece poco, hasta que llegue á cebarse del mismo fuégo, bien infinito, que sólo satisface y llena nuestra capacidad. Pues como la oracion del Padre nuestro sea la más dispuesta leña para sustentar vivo este fuego divino, porque de la frecuente repetition no venga á entibiarse la voluntad, parece que será conforme á razon buscar algun modo como repitiéndola cada dia, nos refresque el entendimiento con nueva consideracion, y juntamente sustente el fuego y calor en la voluntad. Esto se hará cómodamente repartiendo las siete peticiones de él por los siete dias de la semana, tomando cada dia la suya, con título y nombre diferente que á cada una le cuadre, á la cual reduzcamos todo lo que en aquella peticion pretendemos, y lo que hay en todo lo que de Dios deseamos alcanzar.

3 Las peticiones ya se saben: los títulos y

nombres de Dios son estos: Padre, Rey, Esposo, Pastor, Redentor, Médico y Juez, de manera, que el lunes despierte cada uno diciendo: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre.* El martes: *Rey nuestro, venga á nos el tu reino.* El miércoles: *Esposo de mi alma, hágase tu voluntad.* El jueves: *Pastor nuestro, el pan nuestro de cada dia dánosle hoy.* El viernes; *Redentor nuestro, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos á nuestros deudores.* El sábado: *Médico nuestro, no nos dejes caer en la tentacion.* El domingo: *Juez nuestro, libranos de mal.*

PRIMERA PETICION

PARA EL LUNES

1 Aunque el nombre de Padre es el que mejor cuadra á todas estas peticiones y el que nos da mayor confianza, y por el cual se quiso obligar al Señor á darnos lo que le pedimos, con todo esto no harémos contra su disposicion y ordenacion en añadir los demas títulos, pues con tanta verdad le pertenecen, demas de que con ellos la devocion se despierta, y se aviva el fue-

go del altar de nuestro corazon con renovarle la leña, y toma esfuerzo nuestra confianza, considerando, que al que es Padre nuestro, le pertenecen tan gloriosos títulos, y á nosotros tan favorables.

2 Pues para que el fuego tenga todo el lunes que gastar en solo este nombre de Padre y primera peticion, considere que su Padre es Dios, trino en personas, y uno en esencia, principio y Autor de todas las cosas, un sér sin principio, que es causa y Autor de todos los seres, por quien nos movemos, y en quien vivimos, y por quien somos, que todo lo sustenta, todo lo mantiene. Y considérese á sí, que es hijo de este Padre tan poderoso, que puede hacer infinitos mundos, y tan sabio, que los sabrá regir á todos ellos, como sabe regir éste, sin faltar su Providencia á ninguna criatura, desde el más alto serafin hasta el más bajo gusanillo de la tierra; tan bueno, que de balde se está siempre [comunicando á todos, segun su capacidad. Y en especial, considere el hombre y diga: ¡Cuán bueno es este Padre para mí! Pues quiso que tuviese yo sér y gozase de esta dignidad de hijo suyo, dejándose por criar á otros hombres que fueran mejores que yo, ponderando aquí lo que

merece ser amado y servido este Padre, que por sola su bondad crió para mí todas las cosas, y á mí para que le sirviese y gozase de él.

3 En tal ocasion pedirá para todos los hombres luz con que le conozcan, y amor con que le amen y agradezcan tantos beneficios, y que sean todos tales, tan virtuosos y santos, que en ellos resplandezca la imágen de Dios su Padre, y que sea en todos glorificado y santificado su nombre paternal, como nombre de Padre, que tales hijos tiene que parecen al Padre que los crió.

4 Tras esto sigue luégo (trayendo á la memoria los muchos pecados de los hombres) un grave dolor de ver ofendido un tal buen Padre de sus ingratos hijos; y el alegrarse de ver que haya siervos de Dios en quien resplandezca la santidad de su Padre; entristeciéndose de cada pecado y mal ejemplo que viere, alegrándose juntamente de cada virtud en quien las viere y oyere, dando gracias á Dios porque crió los santos mártires, confesores y vírgenes, que manifestamente mostraron ser hijos de tal Padre.

5 Luégo tras esto se sigue la confusion de haberle en particular ofendido; de no haberle agradecido sus beneficios y de tener tan indignamente el nombre de hijo de Dios, que debe

engendrar pechos reales y generosos, considerándose aquí las condiciones de los padres, cómo aman á sus hijos, aunque sean feos; cómo los mantienen, aunque sean ingratos; cómo los sufren, aunque sean viciosos; cómo los perdonan, cuando se vuelven á su casa y obediencia; cómo estando ellos de todo descuidados, los padres les acrecientan sus mayorazgos y haciendas. Considerando cómo todas estas condiciones están en Dios con infinitas ventajas, lo cual es causa de enternecerse el alma, y cobrar confianza de nuevo, de perdon para sí y para todos, y no menospreciar á nadie, viendo que tiene tal Padre que es comun á hombres y ángeles.

6 El dia que anduviera con esta peticion, ha de reducir todas las cosas á esta consideracion, como las imágenes que mirare de Cristo, diga: Este es mi Padre. El cielo que ve: Esta es casa de mi Padre. La leccion que oye: Esta es carta que me envia mi Padre. Lo que viste, lo que come, lo que le alegra: Todo esto viene de la mano de mi Padre. Lo que le entristece, lo que le da pena y trabajo: Todas las tentaciones, todo me viene de la mano de mi Padre, para mi ejercicio y mayor corona, y así diga con afecto: *Santificado sea tu santo nombre.*

7 Con esta consideracion y presencia de Dios, se esfuerza el alma á parecer hija de quien es y agradecer tantos beneficios, causándole singular alegría verse hija de Dios, hermana de Jesucristo, heredera de su reino y compañera en la herencia con el mismo Cristo; y como ve que el reino de Dios es suyo, desea que todos sean santos, porque crezcan aquellos bienes, pues mientras mayores y más fueren, más parte le cabrá á ella de ellos. Viene muy bien aquí considerar aquella primera palabra que Cristo dijo en la cruz: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen: porque en ella resplandecen las condiciones de las entrañas paternales de Dios; y hacer en este paso actos de caridad para con los que nos han injuriado; y apercibirse el hombre para cuando le injuriaren más. Aquí es muy á propósito la historia del hijo pródigo, adonde se pinta más al vivo la piedad paternal para con un hijo perdido, y despues ganado y restituido en su dignidad.

SEGUNDA PETICION

PARA EL MARTES

1 Hecho este exámen de parte de noche, de la manera que se ha hecho el lunes, siguese en-

trar el alma con su Padre Dios, y pedido perdon de la tibieza con que ha mirado por su honra, gloria y santificacion, apercíbase el dia siguiente, que es el mártes, para tratar este dia como á Rey, al que el pasado trató como á Padre, y así en despertando salúdele, diciendo: *Rey nuestro, venga á nos el tu reino.* Viene muy bien esta peticion tras de la pasada, pues á los hijos se debe el reino de su padres, diciendo de esta manera: Si el mundo, demonio y carne reinan en la tierra, reina tú, Rey nuestro, en nosotros, y destruye en nos estos reinos de avaricia, soberbia y regalo. De dos maneras se puede entender esta peticion, ó pidiendo al Señor que nos dé la posesion del reino de los cielos, cuya propiedad nos pertenece como á hijos suyos, ó pidiéndole que él reine en nosotros, y que nosotros seamos reino suyo.

2 Ambos sentidos son católicos, y conforme á la santa Escritura, y así me lo dicen teólogos; porque del primero dijo el Señor: Venid benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado desde el principio del mundo. Y del segundo dice San Juan, que dirán los santos en la gloria: Redimístenos, Señor, con tu sangre, hicístenos reino para tu Padre y Dios nuestro,

En estos sentidos hay un admirable primor y es, que cuando Dios habla con nosotros, dice que es el reino nuestro, y cuando nosotros hablamos con él, bendecimos, porque somos reino suyo, y así andamos trocándonos con estos comedimientos celestiales.

3 Yo no sé cuál sea mayor dignidad del hombre: ó que se precie Dios de tenernos por reino, y satisfacerse su Majestad con esta posesion siendo él quien es, ó querer él ser reino nuestro y dársenos en posesion; aunque por ahora más me satisface el ser nosotros reino suyo, pues de aquí nace el ser Rey nuestro. Dijo á Santa Catalina de Sena: Piensa tú de mí, que yo pensaré de tí. Y á cierta madre: Ten tú cargo de mis cosas, que yo lo tendré de las tuyas.

4 Pues tomemos á nuestro cargo el hacernos tales, que se precie su Majestad de reinar en nosotros, que él le tendrá de que nosotros reinemos en él. Y este es el reino de quien el mismo Señor dijo en su Evangelio: Buscad primero, y ante todas las cosas el reino de Dios, y descuidad de lo demas, pues lo tiene á su cargo vuestro Padre. De este reino asimismo dijo San Pablo, que era gozo y paz en el Espíritu Santo.

5 Consideremos, pues, qué tales es razon

que sean aquellos de quien Dios se precia de ser su Rey, y ellos de ser su reino, qué adornados de virtudes, qué compuestos en sus palabras, qué magnánimos, qué humildes, qué mansedumbre de su semblante, qué sufridos en sus trabajos, qué limpieza de almas, qué pureza de pensamientos, qué amor unos con otros, qué paz y tranquilidad en todos sus movimientos, qué sin envidia unos de otros, y qué deseos del bien de todos.

6 Consideremos lo que pasa en los buenos vasallos con su rey, y de aquí levantaremos el pensamiento al del cielo, y sabremos cómo debemos habernos con el nuestro, y lo que pedimos, diciendo, *que venga á nos el tu reino*. Todos vivimos debajo de unas leyes, obligados á guardarlas y hacer unos por otros, comunicándonos los unos las cosas que faltan á los otros. Estamos obligados á poner las haciendas y las vidas por nuestro rey, deseosos de darle contento en todo lo que se le ofreciere. En nuestros agravios acudimos á él por justicia, en las necesidades por remedio: todos le sirven cada uno en su manera, sin envidia unos de otros; el soldado en la guerra, el oficial en su oficio, el labrador en su labranza, el caballero, el letrado,

el marinero, y el que nunca le vió le procura servir, le desea ver, y el segador que está sudando en el Agosto, huelga que el rey tenga sus privados con quien se huelgue y descanse; y porque el rey quiere bien á uno, todos le sirven al tal y le respetan; todos están á desear y procurar la paz y quietud entre sí, y que su rey sea bien servido de todos.

7 Vamos ahora discurriendo por estas condiciones del reino, y aplicándolas á nuestro propósito, y veremos que lo que pedimos á Dios es que sus leyes sean guardadas, y él sea bien servido, y sus vasallos vivan en paz y tranquilidad. Tambien pedimos que nuestras almas (dentro de las cuales está el reino de Dios) estén tan compuestas, que sean reino suyo; que la república de nuestras potencias le sea muy obediente, el entendimiento esté firme en su fe, la voluntad determinada de guardar sus leyes santas, aunque le cueste la vida; las potencias tan conformes, que no resistan á su voluntad divina; nuestras pasiones y deseos tan pacíficos, que no murmuren de los preceptos que se les ponen de la caridad, y tan sin envidia del bien ajeno, que si no me comunicáre Dios á mí tanto como á otros no me dé pena, sino antes me alegre de

ver que este Señor reine en la tierra y en el cielo, y me dé yo por contento de servirle como segador ó como otro comun oficial, y me dé por bien pagado de servir en algo en este reino. Finalmente, que sea él servido y obedecido, y reine entre nosotros, y disponga de nosotros, de mí y de cada uno, como Rey y Señor universal de todos.

8. Todo lo que en este dia hiciere ú oyere, se ha de referir á esta consideracion de Dios Rey nuestro, como se refirió en la pasada á Dios como padre. Aquí viene muy bien aquel paso cuando Pilatos, despues de acusado Nuestro Redentor, le sacó delante del pueblo coronado de espinas, con una caña en la mano por cetro, y una ropa vieja por púrpura, diciendo: Veis aquí el Rey de los judíos. Y despues de haberle adorado con suma reverencia, en lugar de las blasfemias y escarnios que le hicieron los soldados y judíos, cuando le vieron en aquella disposicion, hacer actos de humildad, con deseos de que las honras y alabanzas del mundo nos sean á nosotros corona de espinas.

PETICION TERCERA.

PARA EL MIÉRCOLES.

1. La tercera peticion es: *Hágase tu voluntad*, deseando que en todo se cumpla la voluntad de Dios: y áun pedimos más, que se cumpla *en la tierra como en el cielo*, con amor y caridad. Viene muy bien esta peticion tras las dos pasadas, que es cosa tan justa, que se cumpla en todo perfectísimamente la voluntad del Padre eterno por sus hijos, y la del Rey soberano por sus vasallos.

2. Para más nos despertar y conformar con esta voluntad, imaginemos á este Padre y Rey de los reyes con título de Esposo amantísimo de nuestras almas. Y á quien con atencion considerare este nombre, y entendiere el regalo y favor que debajo de él se comprende, sin duda se levantarán en su corazon increíbles deseos de cumplir la voluntad de aquel Señor que siendo Rey de la majestad (resplandor del Padre, abismo de sus riquezas, y piélago de toda hermosura, fortísimo, poderosísimo, sapientísimo y amabilísimo) quiere ser de nosotros

amado, y amarnos con tan regalado amor, como por este nombre se significa.

3. Préciase mucho su Majestad deste nombre, y así á Jerusalem, siendo fornicaria y adúltera, convidándola á penitencia, le ruega que se vuelva á él, y que le llame Padre y Esposo, por darle confianza y seguridad que será de él recibida.

4. En este nombre se especifican todas las prendas del regalo y confiado amor, el trueco é igualdad de las voluntades; pide todo el amor, y todo el cuidado, y todo el corazon así: despues que Dios hizo el concierto y la escritura del desposorio con Israel en el desierto, le pidió y mandó que le amase con todo su corazon, con toda su alma, entendimiento y voluntad, y con toda su fortaleza. ¡Cuán recatada, pues, ha de andar la Esposa, que es amada de tan gran Rey, y compuesta en todo lo interior y lo exterior!

5. Considere las joyas y aderezos con que este Esposo suele adornar á sus esposas, y procure disponer su alma para merecerlas, que no la dejará pobre, ni desnuda y desataviada; pídale las que más agradan á su majestad. Póngase á su piés con humildad, que alguna vez tendrá por bien este Señor de levantarla con so-

berana clemencia, y recibirla en sus brazos, como lo hizo el rey Asuero con la reina Ester.

6. Puede considerar la pobreza del dote que ella lleva á este desposorio, y la riqueza del dote del Esposo, y cómo por virtud de sangre compró nuestras almas para esposas suyas, siendo primero esclavas de Satanás; y cómo por esta causa con mucha razon se puede llamar Esposo de sangre, el cual desposorio se hizo en el bautismo, dándonos su fe con las demas virtudes y dones, que son el arreo de nuestras almas: y cómo todos los bienes de Dios son nuestros por este desposorio, y todos nuestros trabajos y tormentos son deste dulcísimo Esposo, que tal trueco hizo con nosotros, dándonos sus bienes, y tomando nuestros males. Quien esto considere, ¿con qué dolor verá ofenderle, y con qué alegría servirle? ¿Quién podrá sin lástima ver tal Esposo á la columna atado, en la cruz enclavado, y puesto en el sepulcro, sin rasgarse las entrañas de dolor? Y por otra parte, ¿quién podrá verle triunfante, resucitado y glorioso, sin alegría incomparable?

7. Este dia vendrá bien considerado en el huerto, postrado delante de su eterno Padre, sudando sangre, y ofreciéndose á él con perfec-

tísima resignacion, diciéndole: No se haga mi voluntad, sino la tuya. Los actos deste dia han de ser de gran mortificacion, y contradiciendo su propia voluntad, y renovando los tres votos de religion, dándose por muy contento de haberlos hecho y de haberle tomado por Esposo, y renovado y confirmado este desposorio en la religion: y los no religiosos tambien sus buenos propósitos, fidelidad y palabras tantas veces puestas, con Esposo de tal autoridad.

CUARTA PETICION.

PARA EL JUEVES.

1. La cuarta peticion es: *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.* El jueves cuadra muy bien esta cuarta peticion con el título de Pastor, á quien pertenece apacentar á su ganado, dándonos el pan de cada dia; porque el Padre, Rey y Esposo muy bien le viene ser Pastor, y por derecho natural le podemos decir sus hijos, y vasallos y esposas que nos mantenga y apaciente con manjares, conforme á su Majestad y á nuestra grandeza, pues somos hijos suyos, y así no decimos que nos lo preste, sino que nos lo dé: no decimos ajeno, sino nuestro; que pues so-

mos hijos, nuestros son los bienes de nuestro Padre.

2. No me puedo persuadir que en esta petición pedimos cosa temporal para sustento de la vida corporal, sino espiritual para sustento del ánimo; porque de siete peticiones que aquí pedimos, las tres primeras son para Dios, la santificación de su nombre, su reino, su voluntad; y de las cuatro que pedimos para nosotros, esta es la primera, en la cual sola pedimos que nos dé, porque en las otras pedimos que nos quite pecados y tentaciones y todo mal. Pues una cosa sola que pedimos á nuestro Padre que nos dé, no ha de ser de cosa temporal para el cuerpo, demas de que á hijos de tal Padre, no les está bien pedir cosas tan bajas y comunes, que las dá él á las criaturas inferiores y al hombre, sin que se las pidan, y especialmente teniéndonos su Majestad avisados que le pidamos, procurando primero las cosas de su reino, que es lo que toca á nuestras almas, que de lo demas su Majestad tiene cargo; y por eso declaró por San Mateo: El pan nuestro sobresustancial dánoslo hoy. Pedimos hoy en esta petición el pan de la doctrina evangélica, las virtudes y Santísimo Sacramento, y finalmente, todo lo que mantiene y confor-

ta nuestras almas para sustento de la vida espiritual.

3. Pues á este soberano Padre, Rey y Esposo, considerémosle Pastor con las condiciones de los otros pastores, y con tantas ventajas cuantas él mismo se pone en el Evangelie, cuando dice: Yo soy buen Pastor, que pongo mi vida por mis ovejas. Y así vemos con cuánta eminencia están en Cristo las condiciones de los pastores excelentes, de que hace memoria la divina Escritura, Jacob y David. De David dice, que siendo muchacho, luchaba con los osos y leones, y los desquijaraba por defender de ellos un cordero. De Jacob dice, que nunca fueron estériles sus ovejas y cabras que guardó; que nunca comió carnero ni cordero de su rebaño, ni dejó de pagar cualquiera que el lobo le comia ó el ladron le hurtaba; que de dia le fatigaba el calor y de noche el hielo, y que ni dormia de noche ni descansaba de dia, por dar á su amo Laban buena cuenta de sus ganados.

4. Fácil cosa será levantar de aquí la consideracion, y aplicar estas condiciones á nuestro divino Pastor, que tan á su costa desquijaró el leon infernal, por sacarle la presa de la boca. ¿Cuándo alguna oveja fué jamás estéril en su

poder? Con cuidado las guarda: ¿y cuándo perdonó á trabajo suyo o el que puso la vida por ellas? La que le comió el lobo infernal, él la pagó con su sangre: nunca se aprovecha de los esquilmos de ellos: todo lo que gana es para ellos mismos, y lo que de ellos saca, y de todos sus bienes se los ha dado: es tan amoroso de sus ovejas, que por una que se le murió, se vistió de su misma piel, por no espantar á las otras con hábito de Majestad.

5. ¿Quién podrá encarecer los pastos de la doctrina celestial con que las apacienta, la gracia de las virtudes con que las esfuerza, la virtud de los Sacramentos con que las mantiene? Si la oveja se desmanda á lo vedado, procura apartarla y reducirla con el dulce silbo de su inspiracion: si no lo hace por bien, arrójale e cayado de algun trabajo, de manera que la espante y no la hiera ni la mate. A las fuertes mantiene y las hace andar, á las flacas espera, á las enfermas cura, á las que no pueden caminar las lleva sobre sus hombros, sufriendo sus flaquezas. Cuando despues de haber comido, reposan y rumian la comida y lo que han cogido de la doctrina evangélica, él las guarda el sueño, y sentándose en medio de ellas, con la suavidad

de sus consolaciones les hace música en sus almas, como el pastor con la flauta á sus ovejas. En el invierno les busca los abrigos á donde descansan de sus trabajos, recátalas de las yerbas ponzoñosas, avisándolas que no se pongan en ocasiones: llévalas por las florestas y dehesas muy seguras de sus consejos; y aunque andan con polvoreadas y torbellinos, y otras veces por barrancos; pero en lo que toca á las aguas, siempre las lleva á las mas claras y dulces, porque estas significan la doctrina, que siempre ha de ser clara y verdadera.

6. Vió San Juan á este divino Pastor como cordero en medio de sus ovejas, que las regía y gobernaba, y guiándolas por los mas frescos y hermosos jardines, las llevaba á las fuentes de agua de vida. ¡Oh qué dulce cosa es ver al Pastor hecho cordero! Pastor es, porque apacienta; y cordero porque es el mismo pasto. Pastor es, porque mantiene; y cordero porque es manjar. Pastor, porque cria ovejas; y cordero porque nació de ellas. Pues cuando le pedimos que nos dé el pan cotidiano ó sobresustancial, es decir, que el Pastor sea nuestro pasto y nuestro mantenimiento.

7. Agrádale á su Majestad considerarle có-

mo se presentó á una su sierva en hábito de Pastor con un suavísimo semblante, recostado sobre la cruz como sobre cayado, llamando á una de sus ovejas, y silbando á otras. Y mas agradable es considerarle y mirarle enclavado en la misma cruz, como cordero asado y sazonado para nuestra comida, regalo y consuelo. Dulce cosa es verle llevar la cruz á cuestas como cordero, y verle llevar la oveja perdida sobre sus hombros. Como Pastor nos abriga y recibe en sus entrañas, y nos deja entrar en ellas por las puertas de sus llagas; y como cordero se encierra dentro de las nuestras. Consideremos cuán medradas, cuán lustrosas y cuán seguras andan las ovejas que andan cerca del pastor, y procuremos no apartarnos del nuestro, ni perderle de vista, porque las ovejas que andan cerca del pastor siempre son más regaladas y siempre les da bocadillos mas particulares de lo que él mismo come. Si el pastor se esconde ó duerme, no se menea ella de un lugar, hasta que parece ó despierta el pastor, ó ella misma, balando con perseverancia, le despier- ta, y entónces con nuevo regalo es de él acariciada.

8. Considérese el alma en una soledad sin camino, en tinieblas y oscuridad, cercada de lobos, de leones y osos, sin favor del cielo ni de la

tierra, sino solo el de este Pastor, que la defiende ó guie. De esta manera nos vemos muchas veces en tinieblas, y cercados de ambicion y propio amor, y de tantos enemigos visibles é invisibles, donde no hay otro remedio sino llamar aquel divino Pastor, que solo nos puede librar de tales aprietos.

9. En este dia se ha de considerar el misterio del Santísimo Sacramento, la excelencia de este manjar, que es la misma sustancia del Padre, que encareciendo esta merced hecha á los hombres, dice David que nos harta el Señor de la médula de las entrañas de Dios.

10. Mayor fué esta merced, que el hacerse Dios hombre; porque en la Encarnacion no deificó mas que su alma y su carne, uniéndola con su persona; pero en este Sacramento quiso Dios deificar á todos los hombres, los cuales se mantienen mejor con los manjares con que se criaron de niños, y como fuimos engendrados en el bautismo de todo Dios, quiso que de todo él nos mantuviésemos, conforme á la dignidad que nos dió de hijos.

11. Hase de considerar el amor con que se da, pues manda que todos le coman, so pena de muerte; y sabiendo su Majestad que muchos le

habian de comer en pecado mortal, con todo eso es tan vehemente y eficaz el amor que nos tiene por gozar del amor con que sus amigos le comen, rompe con las dificultades y sufre tantas injurias de los enemigos; y para mostrarnos más este amor, se quiso consagrar é instituir este divino manjar, cuando y al tiempo que era entregado á la muerte por nosotros, y con estar su carne y sangre preciosa en cualquiera de las especies, quiso que se consagrarse cada cosa de por sí, porque en aquella division y apartamiento nos mostrase que tantas veces muriera por los hombres, si fuera menester, cuantas veces se consagran y cuantas misas se dicen en la iglesia,

12. Este amor con que se nos da, y el artificio que aquí usó el amor divino, es inefable. porque como no se pueden unir dos cosas sin medio que participe, ¿qué hizo el amor para unirse con el hombre? Tomó la carne de nuestra masa, juntándola consigo en sér personal de la vida de Dios, y así deificada, vuévenosla á dar en manjar para unirnos consigo por medio nuestro.

13. Este amor es el que quiere el Señor que aquí consideremos cuando comulgamos, y aquí han de ir á parar todos nuestros pensamientos, y á este quiere que lleguemos, y este agradece-

miento nos pide, cuando manda que comulgando nos acordemos que murió por nosotros; y bien se ve la gana con que se nos da, pues llama á este manjar pan de cada dia, y quiere que se le pidamos cada dia; pero ha de advertir la limpieza y virtudes que han de tener los que así le comen.

14 Deseando una gran sirva suya comulgar cada dia, le mostró Nuestro Señor un globo hermosísimo de cristal y le dijo: Cuando estés como este cristal lo podrás hacer: pero luégo le dió licencia para ello. Este dia se puede considerar la palabra que dijo en la cruz: Sed tengo: y la bebida amarga que le dieron, y cotejar la suavidad dulzura con que el Señor nos mantiene, y da de beber, con la amargura con que nosotros respondemos á su sed y sus deseos.

QUINTA PETICION.

PARA EL VIERNES.

1. Para el viernes viene muy á propósito la quinta petición, que dice: *Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, junta con el título de Redentor; porque como dice San Pablo, el Hijo de Dios fué

hecho nuestro Redentor y redencion de nuestros pecados con su sangre. El es el que nos libró del poderío de Satanás, á quien estábamos sujetos, y nos preparó el reino de hijos de Dios, y nos hizo reino suyo, y en él tenemos redencion, quiero decir, perdon de nuestros pecados, y el precio que se dió por el rescate de ellos.

2. Todos los bienes que podemos desear para nosotros se comprenden en la peticion pasada; y todos los males de que podemos ser librados, se contienen en las tres peticiones siguientes, y la primera es esta: Perdónanos, Señor, lo que te debemos, por quien tú eres, que eres Dios, Señor universal; y lo que te debemos por los beneficios, y lo que te debemos por nuestras ofensas; y esto, Señor, sea como nosotros perdonamos á los que nos ofenden, que son nuestros deudores. Y porque parecerá á alguno sería muy limitado este perdon, si fuese conforme á lo que nosotros perdonamos, se ha de advertir que de dos maneras se puede esto entender.

3. La primera que debemos de imaginar, que siempre que decimos esta oracion la decimos en compañía de Nuestro Señor, el cual está á nuestro lado siempre que oramos, y en su nombre pedimos y decimos: Padre nuestro; siendo

esto así, bien cumplido será el perdón, pues tan cumplido le hizo el mismo Hijo de Dios por los hombres. Pero también se puede entender en rigor como las palabras suenan, pidiendo que nos perdone, como nosotros perdonamos; porque todo hombre que ora, se presume que tiene perdonados de corazón á sus ofensores; y en la misma manera de pedir, significamos y nos mortificamos á nosotros mismos, cómo habemos de pedir, y cómo habemos de llegar; y que si no habemos perdonado nosotros, damos sentencia contra nosotros, que no meremos perdón. Dijo el sabio: ¿Cómo es posible que el hombre no perdone á su hermano, y pida perdón á Dios? El que desea vengarse, tomará Dios venganza de él, y guardará sus pecados sin remisión. La materia de esta petición es generalísima, y abraza diferentes cosas, porque las deudas son sin cuento, la redención copiosísima, y el precio del perdón infinito, que es la muerte y pasión de Cristo.

4. Aquí se han de revocar ó traer á la memoria los pecados propios, y los de todo el mundo; la gravedad de un pecado mortal que por se ofensa contra Dios, no puede ser por otro redimido, ni pagado; la restauración de tantas ofensas, hechas contra tan grande é infinita Majes-

tad y bondad. Debemos á Dios amor y temor y suma reverencia, por ser quien es: debémosle las ofensas que en pago de esto le hacemos; pues de todas estas deudas le pedimos que nos saque, cuando le pedimos que nos perdone nuestras deudas. En la ejecucion de esta obra están todas sus riquezas y toda nuestra buena dicha, pues él es el ofendido, el Redentor y el rescate.

5. Para hoy no hay que señalar lugar ni paso particular de su pasion, pues toda ella es obra de nuestra redencion, la cual está ya bien sabida, y especificada en tan excelentes libros como hoy gozamos; pero no dejaré de decir una cosa que hará mucho al caso, y es muy agradable á su divina Majestad, como él lo significó á una sierva suya. Aparecióle crucificado, y díjole que le quitase tres clavos con que le tenían enclavados todos los hombres, que son: desamor á mi bondad, hermosura, ingratitud y olvido á mis beneficios, y dureza á mis inspiraciones; pues cuando me hayais quitado estos tres, me quedo enclavado en otros tres, que son: amor infinito, agradecimiento á los bienes que por mí os da mi Padre, y blandura de entrañas para recibiros.

6. Este dia es de mucho silencio, y de alguna particular aspereza y mortificacion, y de

acordarnos de los Santos nuestros devotos, por cuya intercesion tambien alcanzaremos el perdón que pedimos á Dios. En este dia se ha de hacer particular oracion por los que están en pecado mortal, y por los que nos quieren ó han querido mal, y nos han hecho algun agravio.

SEXTA PETICION.

PARA EL SÁBADO.

Y no nos dejes caer en la tentacion.

1. Como nuestros enemigos son tales y tan importunos, siempre nos ponen en aprieto; y como nuestra flaqueza es tan grande, somos fáciles para caer, si el Todopoderoso no nos ayuda; por tanto, es necesario que seamos perseverantes en pedir favor á Nuestro Señor, para que no permita seamos vencidos de las tentaciones presentes, ni tornemos á caer en los pecados pasados.

2. No le pedimos que no permita que seamos tentados, sino que no seamos vencidos de las tentaciones; pues la tentacion, siendo vencida por su favor y nuestra voluntad, es para gloria suya y corona nuestra, y mándanoslo pedir su Majestad por estas palabras: «No nos traigas

en tentacion»; porque entendamos que el ser tentados, es permision suya; y el ser vencidos, es por nuestra flaqueza y la victoria es suya.

3. Consideremos, pues, aquí, cómo es verdad que todos somos flacos y enfermos y llagados, así porque lo heredamos de nuestros padres, como porque nosotros mismos con nuestros pecados y malas costumbres pasadas nos hemos debilitado más y llagado de piés á cabeza, y presentémonos así delante este Médico celestial, pidámosle que no nos deje caer en la tentacion, teniéndonos Él de su mano poderosa y no dejándonos sin cura y ayuda.

4. Este título de Médico es muy agradable á su divina Majestad, y fué el oficio que viviendo en este mundo más ejercitó, curando enfermos incurables de enfermedades corporales, y las almas de vicios envejecidos. Y así se puso él mismo este nombre cuando dijo: «No los sanos tienen necesidad de médico.» Este oficio usó su Majestad con el hombre, comparándose al samaritano que con aceite y vino curó al que los ladrones habian despojado, herido y medio muerto. Son una misma cosa Médico y Redentor; sino que el Redentor tiene respecto á los pecados pasados, como dijo San Pablo; y el Mé-

dico á curar las llagas y enfermedades presentes y todas las culpas venideras.

5. Consideremos la condicion de los médicos de la tierra, que no visitan si no los llaman, y que visitan más á quien mejor los paga, y no á los más necesitados; encarecen la enfermedad, á veces la entretienen por ganar más; á los pobres curan por relacion y á los ricos por presencia, y ni para unos ni para otros ponen de sus casas las medicinas, y que éstas son costosas y las curas inciertas.

6. ¡Oh Médico celestial, que en nada de esto pareceis á los de la tierra sino en el nombre! Vos os venís sin ser llamado, y de mejor gana á los pobres que á los ricos, y á todos curais por presencia: no aguardais sino que el enfermo se conozca serlo y estar necesitado de Vos: no solamente encareceis la cura ó enfermedad, pero facilitais la cura á los enfermos por grave que sea, y les prometeis que á un gemido serán sanos. De ningun enfermo tuvísteis asco, por asquerosa que fuese la enfermedad: por los hospitales andais buscando los incurables y pobres: Vos os pagais á vos mismo y de vuestra casa poneis las medicinas. ¿Y qué medicinas? Hechas de la sangre y agua de vuestro costado: de la

sangre para curarnos, del agua para lavarnos y dejarnos sin mancha ni señal alguna de haber estado enfermos.

7. Una fuente habia en medio del paraíso tan abundante, que se partia en cuatro caudalósísimos rios con que se regaba toda la tierra, y de la fuente de amor que en el divino corazon ardia, vemos aquellos cinco rios de sangre, que por sus sagrados piés, manos y costado salieron para curar y sanar nuestras llagas y curar todas nuestras enfermedades. ¿Cuántos enfermos se mueren por falta de médico, ó por no tener con qué comprar las medicinas para sus males? Mas aquí no hay ese peligro; porque el Médico ruega consigo y viene cargado de medicinas para todos males; y aunque á él le costaron bien caras, con todo eso las da de balde á quien las quiere y aún ruega con ellas. En la costa dellas facilitó nuestra salud, porque á él le costaron la vida y nosotros sanamos con mirarle muerto; como los mordidos de las serpientes vivas, sanaban mirando la muestra de metal puesta en el palo. En fin, está acabado con él que queria curarnos; y tambien estamos ciertos que las medicinas tendrán facilidad; sólo resta que le manifestemos nuestras llagas y enfermedades, y que

derramemos delante de él nuestros corazones, y en especial hoy en este día, en que el Señor se nos representa como Médico y con muchos deseos de curarnos.

8. Este es propio lugar para echar de ver la ceguedad de nuestro entendimiento y el estrago de nuestra voluntad, inclinada á sí misma y á su propia estimacion: el olvido de la memoria acerca de los beneficios divinos: la facilidad de la lengua para hablar impertinencias: la liviandad del corazon y su inconstancia en sus disparatados pensamientos: su poca perseverancia en los buenos y en todo bien: el engreimiento de sí y su poco recogimiento: finalmente, no quede en nosotros llaga vieja ni nueva que no le descubramos á este Médico soberano, pidiéndole remedio.

9. Cuando el enfermo no quiere tomar lo que le mandan, y no se guarda de lo que le vedan, suele el médico dejarlo, salvo si es frenético el enfermo; pero este nuestro soberano Médico ni desampara á los mal regidos, ni á los desobedientes: á todos los cura como frenéticos, buscando mil modos como volverlos en sí.

10. Este dia es á propósito traer á la memoria la sepultura del Señor, y considerar aquellas

cinco fuentes de sus llagas, que están y estarán abiertas hasta la resurreccion general para la salud de todas las nuestras. Y pues con ellas sanamos, precuremos ungiérselas amorosa y caritativamente con el unguento de mortificacion y humildad, paciencia y mansedumbre, empleándonos en el bien de nuestros prójimos; pues no le podemos á él tener á mano en su misma persona en forma visible, tenemos su palabra, que lo que hacemos por nuestros prójimos, lo recibe él á su cuenta, como si por él se hiciese.

SÉTIMA PETICION.

PARA EL DOMINGO.

Libranos de mal. Amen.

1. La sétima peticion de que nos libre de mal, no le pidamos de que nos libre de este mal ó del otro, sino de todo lo que es propia y verdaderamente mal ordenado para privarnos de los bienes de la gracia ó de gloria.

2. Hay males de pena, como son tentaciones, enfermedades, trabajos, deshonoras, etc. Pero éstos no se pueden llamar propiamente males sino en cuanto son ocasion de caer en culpas. Y segun esto, las riquezas, las honras y todos

los bienes temporales se podrán justamente decir males, pues nos son ocasion de ofender á Dios. Pues de todos estos males y bienes, que nos pueden ser causa de condenacion eterna, pedimos ser librados; y porque es propio del Juez Supremo dar esta libertad, viene muy bien aquí el título de Juez.

3. La materia desta peticion es copiosísima, porque á ella se reducen las cuatro postrimerías del hombre, de las cuales están escritas tantas cosas, que son: La muerte, el juicio final, las penas del infierno, los gozos de la gloria.

4. Aquí se pueden tornar á repetir las consideraciones pasadas, porque de todos los beneficios que se especifican en los seis títulos gloriosos que se han dicho, nos han de hacer allí cargo: y así lo debemos considerar, unas veces para confusion nuestra, y otras para confusion nuestra; y otras para confianza. Porque ¿qué confusion es que los que tenemos tal y tan amorosísimo Padre, tan potentísimo Rey, tan suavísimo Esposo, tan buen Pastor, tan rico y misericordioso Redentor, tan eficaz y piadoso Médico, seamos tan ingratos y tan desaprovechados en todo? ¿Y cuán grande temor pone tanta carga de beneficios de su parte, y de la nuestra

tanta ingratitud y desamor? Pero con todo eso, grande é incomparable es la confianza que se cobra para parecer en juicio, y considerando que se ha de hacer delante de un Juez, que es nuestro Padre, Rey, etc. Puédese, concluir este dia y cerrar esta oracion con un haci-miento de gracias, que el profeta David halló en aquellos cinco versos de un salmo, los cuales la Iglesia pone en el oficio ferial de la prima, que comienza: *Benedic anima mea Domino, et omnia quae intra me sunt*. Y los que siguen hasta aquellas palabras: *Renovabitur ut aquilae juven-tutus tua*. Que quiere decir.

5. I. Bendice, oh ánima mia, al Señor, y todas mis entrañas su santo nombre.

6. II. Bendice, oh ánima mia, al Señor y no te olvides de todas sus pagas y beneficios.

7. III. El cual perdona todos tus pecados, y sana todas tus enfermedades

8. IV. El cual redime, y libra tu ánima de la muerte, y te cerca de misericordia y miseri-cordias.

9. V. El cual cumple en todos lo bienes tus deseos, y por el cual será tu ánima renovada como la juventud del águila.

10. De manera que este piadosísimo Señor,

usando de su misericordia, por pecados, da perdón; por enfermedad, salud; por muerte, vida; por miseria, da perpétua protección; por defectos, cumplimiento de todo bien, hasta traernos á una novedad de vida incomparable.

11. En estas palabras parece que se tocan todos los títulos y nombres de Dios, que habemos dicho; fácilmente se podrá entender, considerando con atención cada cosa en particular. Pero aunque sea verdad, que esta oración del Padre nuestro tiene el primer lugar entre todas las oraciones vocales, no por eso se deben dejar las otras, porque de otra manera se podría engendrar fastidio, usando de sola esta; pero vendrán muy bien las otras entretrejidas con ésta, especialmente que hallamos en la Escritura sagrada algunas devotísimas oraciones, que personas santas hicieron movidas por el Espíritu Santo; como por el publicano del Evangelio, Ana madre de Samuel, Ester, Judit, el rey Manasés, Daniel y Judas Macabeo: en las cuales con palabras salidas de su sentimiento y compuestas con afecto propio, representaban á Dios sus necesidades. Y esta manera de oración que compone la misma persona necesitada, es más eficaz, porque levanta el pensamiento, enciende

la voluntad y provoca á lágrimas; porque como son palabras propias las que así se dicen, que declaran la propia fatiga, dicensé más de corazón.

12. Agrada mucho al Señor esta manera de orar, porque como los grandes señores huelgan de oír á los rústicos, que les piden algo grosera y simplemente, así el Señor recibe mucho placer, cuando con tanta priesa le rogamos que por no detenernos en buscar palabras muy compuestas y ordenadas, le decimos las primeras que se nos ofrecen para significarle en breve nuestra necesidad como San Pedro y los Apóstoles, cuando temiendo anegarse, decían: Señor, sálvanos, que perecemos. Y como la Cananea, cuando pedia misericordia, y como el hijo pródigo, diciendo: Padre, pequé contra el cielo y contra tí. Y como la madre de Samuel, cuando decia: oh Señor de las batallas, si volviendo tus ojos, vieres la afliccion de tu sierva, y te acuerdas de mí, y no olvidares á tu esclava, y diéres á mi ánima perfecta virtud, emplearla hé siempre en tu servicio.

13. De estas oraciones vocales está llena la Sagrada Escritura, que alcanzaron lo que pidieron; les alcanzarán las nuestras remedio de

nuestras aflicciones y apetitos. Y aunque es consejo de los Santos, que mentalmente se hace esto mejor; pero los ejemplos de muchos Santos, la propia esperanza nos enseña, que hablando desta manera vocalmente, Dios despide nuestra tibieza, enciende nuestro corazon, y le dispone para mejor proceder y orar mentalmente.

EXCLAMACIONES

6

MEDITACIONES DEL ALMA Á SU DIOS

ESCRITAS POR LA SANTA MADRE

TERESA DE JESUS

EN DIFERENTES DIAS, CONFORME AL ESPÍRITU QUE LE COMUNICABA
NUESTRO SEÑOR DESPUÉS DE HABER COMULGADO, AÑO DE MIL
QUINIENTOS SESENTA Y NUEVE

I.

1. Oh vida, vida, ¿cómo puedes sustentarte estando ausente de tu vida? En tanta soledad, ¿en qué te empleas? ¿Qué haces, pues todas tus obras son imperfectas y faltas? ¿Qué te consuela, oh ánima mia, en este tempestuoso mar? Lástima tengo de mí, y mayor del tiempo que no viví lastimada. ¡Oh Señor, que vuestros caminos son suaves! ¿Mas quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy á servir, no hallo cosa que me satisfaga, para pagar algo de lo que debo. Parece que me querria emplear toda en esto, y cuando bien considero mi miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno, si no me lo dais Vos. ¡Oh Dios

mio! ¡Misericordia mia! ¿qué haré, para que no deshaga yo las grandezas que Vos haceis conmigo? Vuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor, y con gran sabiduría, pues la misma sois Vos, Señor. Si en ella se ocupa mi entendimiento, quédase la voluntad, porque querría que nadie la estorbase á amaros; pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcanzar quién es su Dios, y deséale gozar, y no ve cómo, puesta en cárcel tan penosa como esta mortalidad. Todo la estorba, aunque primero fué ayudada en la consideracion de vuestras grandezas, adonde se hallan mejor las innumerables bajezas mias. ¿Para qué he dicho esto, mi Dios? ¿A quién me quejo? ¿Quién me oye sino Vos, Padre y Criador mio? ¿Pues para entender Vos mi pena, qué necesidad tengo de hablar, pues tan claramente veo que estais dentro de mí? Este es mi desatino. ¡Mas ay, Dios mio! ¿Cómo podré yo saber cierto, que no estoy apartada de Vos? ¡Oh vida mia! ¡Que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! Quién te deseará, pues la ganancia que de tí se puede sacar ó esperar, que es contentar en todo á Dios, está tan incierta y llena de peligros.

II.

2. Muchas veces, Señor mio, considero, que si con algo se puede sustentar el vivir sin Vos, es en la soledad; porque descansa el alma con su descanso; puesto que como no se goza con entera libertad, muchas veces se dobla el tormento; mas el que da el haber de tratar con las criaturas y dejar de entender el alma á solas con su Criador, hace tenerle por deleite. ¿Mas qué es esto, mi Dios, que el descanso cansa al alma, que sólo pretende contentaros? ¡Oh amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar de lo que posee. El de mi Dios, miéntras más amadores entiende que hay, más crece, y así sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡Oh bien mio! Que esto hace que en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay, que no quieren estos contentos, y de los que para siempre los han de perder. Y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo cuando piensa será alguna parte

para que otros le procuren gozar. Mas, Padre celestial mio, ¿no valdria más dejar estos deseos para cuando está el alma con ménos regalos vuestros, y ahora emplearse toda en gozaros? ¡Oh Jesús mio! ¡Cuán grande es el amor que teneis á los hijos de los hombres! Que el mayor servicio que se os puede hacer, es dejaros á Vos por su amor y ganancia, y entónces sois poseido más enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta á Vos, y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, miéntras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor del prójimo. Quien no le amare, no os ama, Señor mio, pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que teneis á los hijos de Adan.

III.

3. Considerando la gloria que teneis, Dios mio, aparejada á los que perseveraren en hacer vuestra voluntad, y con cuántos trabajos y dolores la ganó vuestro Hijo, y cuán mal lo teníamos merecido, y lo mucho que merece, que no se desagradezca la grandeza de amor que tan

costosamente nos ha enseñado á amar, se ha afligido mi alma en gran manera. ¿Cómo es posible, Señor, se olvide todo esto, y que tan olvidados estén los mortales de Vos cuando os ofenden? ¡Oh Redentor mio! Y cuán olvidados se olvidan de sí, ¿y que sea tan grande vuestra bondad, que entónces os acordeis Vos de nosotros, y que habiendo caído por heriros á Vos de golpe mortal, olvidado de esto, nos torneis á dar la mano, y despertéis de frenesí tan incurable, para que procuremos y os pidamos salud? Bendito sea tal Señor, bendita tan gran misericordia, y alabado sea por siempre tan piadosa piedad. ¡Oh ánima mia! Bendice para siempre á tan gran Dios. ¿Cómo se puede tornar contra él? ¡Oh, que á los que son desagradecidos la grandeza de la merced les daña! Remediadlo Vos, mi Dios. ¡Oh hijos de los hombres! ¿Hasta cuando sereis duros de corazón, y le tendréis para ser contra este mansísimo Jesús? ¿Qué es esto? ¿Por ventura permanecerá nuestra maldad contra él? No, que se acaba la vida del hombre como la flor del heno, y ha de venir el Hijo de la Virgen á dar aquella terrible sentencia. ¡Oh poderoso Dios mio! Pues aunque no queramos, nos habeis de juzgar, porque no miramos lo que nos

importa teneros contento por aquella hora. ¿Mas quién, quién no querrá Juez tan justo? Bienaventurados los que en aquel temeroso punto se alegraren con Vos. ¡Oh Dios y Señor mio! Al que Vos habeis levantado, y él ha conocido cuán miseramente se perdió por ganar un muy breve contento, y está determinado á contentaros siempre, y ayudándole vuestro favor; pues no falteis, bien mio de mi alma, á los que os quieren, ni dejais de responder á quien os llama, ¿qué remedio, Señor, para poder despues vivir, que no sea muriendo, con la memoria de haber perdido tanto bien como tuviera estando en la inocencia que quedó del bautismo? La mayor vida que puede tener, es morir siempre con este sentimiento. Mas el alma que tiernamente os ama, ¿cómo lo ha de poder sufrir? ¡Mas que desatino os pregunto, Señor mio! Parece que tengo olvidadas vuestras grandezas y misericordias, y cómo vinistes al mundo por los pecadores, y nos comprastes por tan gran precio, y pagastes nuestros falsos contentos con sufrir tan crueles tormentos y azotes. Remediastes mi ceguedad, con que tapasen vuestros divinos ojos, y mi vanidad con tan cruel corona de espinas. ¡Oh Señor, Señor! Todo esto lastima más á quien

os ama: sólo consuela que será alabada para siempre vuestra misericordia, cuando se sepa mi maldad, y con todo no sé si quitarán esta fatiga, hasta que con veros á Vos se quiten todas las miserias de esta mortalidad.

IV.

4. Parece, Señor mio, que descansa mi alma considerando el gozo que tendrá, si por vuestra misericordia le fuere concedido gozar de Vos. Mas querria primero serviros, pues ha de gozar de lo que Vos sirviéndola á ella le ganastes. ¿Qué haré, Señor mio? ¿Qué haré, mi Dios? Oh qué tarde se han encendido mis deseos, y qué temprano andabais Vos, Señor, granjeando y llamando, para que toda me emplease en Vos! ¿Por ventura, Señor, desamparastes al miserable, ó apartastes al pobre mendigo, cuando se quiere llegar á Vos? ¿Por ventura, Señor, tienen término vuestras grandezas ó vuestras magníficas obras? ¡Oh Dios mio y misericordia mia! ¡Y cómo las podeis mostrar ahora en vuestra sierva! Poderoso sois, gran Dios: ahora se podrá entender si mi alma se entiende á sí, mirando el tiempo que ha perdido, y cómo en un punto podeis Vos, Señor, hacer que le torne á ganar.

Paréceme que desatino, pues el tiempo perdido suelen decir que no se puede tornar á cobrar. Bendito sea mi Dios. ¡Oh Señor! Confieso vuestro gran poder: si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Querred Vos, Señor mio, querred, que aunque soy miserable, firmemente creo que podeis lo que quereis, y miéntas mayores maravillas oigo vuestras, y considero que podeis hacer más, más se fortalece mi fe, y con mayor determinacion creo que lo hareis Vos. ¿Y qué hay que maravillar de lo que hace el Todopoderoso? Bien sabeis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Válame, Señor, esto en que no os he ofendido. Recuperad, Dios mio, el tiempo perdido con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, pues si quereis podeis.

V.

5. Oh Señor mio, ¿cómo os osa pedir mercedes quien tan mal os ha servido y ha sabido guardar lo que le habeis dado? ¿Qué se puede confiar de quien muchas veces ha sido traidor? pues ¿qué haré, consuelo de los desconsolados,

y remedio de quien se quiere remediar de Vos? ¿Por ventura, será mejor callar con mis necesidades, esperando que Vos las remedieis? No por cierto, que Vos, Señor mio y deleite mio, sabiendo las muchas que habian de ser, y el alivio que nos es contarlas á Vos, decis que os pidamos, y que no dejareis de dar. Acuérdome algunas veces de las quejas de aquella santa mujer, Marta, que no sólo se quejaba de su hermana, antes tengo por cierto, que su mayor sentimiento era pareciéndole no os dolíades Vos, Señor, del trabajo que ella pasaba, ni se os daba nada que ella estuviese con Vos. Por ventura le pareció no era tanto el amor que la teníais, como á su hermana, que esto le debia hacer mayor sentimiento, que el servir á quien ella tenía tan gran amor, que este hace tener por descanso el trabajo. Y parécese en no decir nada á su hermana, antes con toda su queja fué á Vos, Señor, que el amor la hizo atrever á decir que cómo no teníades cuidado. Y aún en la respuesta parece ser y proceder la demanda de lo que digo; que solo amor es el que da valor á todas las cosas, y que sea tan grande, que ninguna le estorbe á amar, es la más necesario. ¿Mas cómo le podremos tener, Dios mio, conforme á lo que merece el amado, si

el que Vos me teneis no le junta consigo? ¿Quejaréme con esta santa mujer? Oh, que no tengo ninguna razon, porque siempre he visto en mi Dios harto mayores y más crecidas muestras de amor de lo que yo he sabido pedir, ni desear, si no me quejo de lo mucho que vuestra benignidad me ha sufrido, no tengo de qué. ¿Pues qué podrá pedir una cosa tan miserable como yo? Que me deis, Dios mio, que os dé con San Agustin, para pagar algo de lo mucho que os debo, que os acordeis que soy vuestra hechura, y que conozca yo quién es mi Criador, para que le ame.

VI.

6. ¡Oh deleite mio, Señor de todo lo criado y Dios mio! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais á quien tan poco tiene en la tierra, para tener algun descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! ¿Pues cuándo, Señor, cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haré, bien mio, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearos? ¡Oh mi Dios y mi Criador! Que llegais, y no poneis la medicina: herís, y no se ve la llaga: matais, dejando con mas vida: en fin, Señor mio, haceis lo que

quereis como poderoso. Pues un gusano tan despreciado, mi Dios, ¿quereis sufra estas contradicciones? Sea así, mi Dios, pues Vos lo quereis, que yo no quiero sino quereros. ¡Más ay, ay, Criador mio! ¡Que el dolor grande hace quejar, y decir lo que no tiene remedio, hasta que Vos querais! Y alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que Vos querais. Quered, gloria mia, que crezca su pena, ó remediadla del todo. ¡Oh muerte, muerte! ¡No sé quién teme, pues está en tí la vida! ¡Mas quién no temerá, habiendo gastado parte de ella en no amar á su Dios! Y pues soy ésta, ¿qué pido y qué deseo? ¿Por ventura el castigo tan bien merecido de mis culpas? No lo permitais Vos, bien mio, que os costó mucho mi rescate. ¡Oh ánima mia! Deja hacerse la voluntad de tu Dios, eso te conviene: sirve, y espera en su misericordia que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algun perdon de ellas: no quieras gozar sin padecer. ¡Oh verdadero Señor y Rey mio! Que aún para esto no soy, si no me favorece vuestra soberana mano y grandeza, que con esto todo lo podré.

VII.

7. Oh esperanza mia, y Padre mio, y mi Criador, y mi verdadero Señor, y Hermano: cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! Y qué palabras estas para no desconfiar ningún pecador. ¿Fáltaos, Señor, por ventura con quien os deleiteis, que buscáis un gusanillo tan de mal olor como yo? Aquella voz se oyó cuando el bautismo, que dice que os deleitais con vuestro Hijo: ¿pues hemos de ser todos iguales, Señor? ¡Oh qué grandísima misericordia y qué favor tan sin poderlo nosotras merecer! ¿Y que todo esto olvidemos los mortales? Acordaos Vos, Dios mio, de tanta miseria, y mirad nuestra flaqueza, pues de todo sois sabedor. ¡Oh ánima mia! Considera el gran deleite y gran amor que tiene el Padre en conocer á su Hijo, y el Hijo en conocer á su Padre, y la inflamacion con que el Espíritu Santo se junta con ellos: y cómo ninguna se puede apartar de este amor y conocimiento, por que son una misma cosa. Estas soberanas Personas se conocen, estas se aman, y unas con otras se deleitan. ¿Pues qué menester

es mi amor? ¿Para qué le quereis, Dios mio? ¿O qué ganais? ¡Oh bendito seais Vos! ¡Oh bendito seais, Dios mio, para siempre! Alaben os todas las cosas, Señor, sin fin, pues no le puede haber en Vos. Alégrate, ánima mia, que hay quien ame á tu Dios como él merece. Alégrate: que hay quien conoce su bondad y valor. Dale gracias, que nos dió en la tierra quien así le conoce, como á su único hijo. Debajo de este amparo podrás llegar, y suplicarle que pues su Majestad se deleita contigo, que todas las cosas de la tierra no sean bastantes á apartarte de deleitarte tú, y alegrarte en la grandeza de tu Dios, y en cómo merece ser amado y alabado, y que te ayude para que tú seas alguna partecita para ser bendecido su nombre, y que puedas decir con verdad: Engrandece y loa mi ánima al Señor.

VIII.

8. ¡Oh Señor Dios mio, y cómo teneis palabras de vida, adonde todos los mortales hallarán lo que desean, si lo quisiéremos buscar! Mas qué maravilla, Dios mio, que olvidemos vuestras palabras con la locura y enfermedad que causan nuestras malas obras. ¡Oh Dios mio,

Dios, Dios hacedor de todo lo criado! ¡Y qué es lo criado si Vos, Señor, quisiéredes criar mas! Sois todopoderoso, son incomprensibles vuestras obras. Pues haced, Señor, que no se aparten de mi pensamiento vuestras palabras. Decís Vos: Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, que yo os consolaré. ¿Qué mas queremos, Señor? ¿Qué pedimos? ¿Qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos, sino por buscar descanso? ¡Válame Dios, oh, válame Dios! ¿Qué es esto, Señor? ¡Oh qué lástima! ¡Oh gran ceguera! ¡que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Criador, de estas vuestras criaturas. Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadnos, Señor, luz, mirad que es mas menester, que al ciego que lo era de su nacimiento, que este deseaba ver la luz, y no podia: ahora, Señor, no se quiere ver. ¡Oh qué mal tan incurable! Aquí, Dios mio, se ha de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia. ¡Oh qué recia cosa os pido, verdadero Dios mio! Que querais á quien no os quiere, que abrais á quien no os llama, que deis salud á quien gusta de estar enfermo y anda procurando la enfermedad. Vos decís, Señor mio, que venís á buscar

los pecadores: estos, Señor, son los verdaderos pecadores: no mireis nuestra ceguedad, mi Dios, sino á la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros: resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad: mirad, Señor, que somos hechura vuestra, válganos vuestra bondad y misericordia.

IX.

9. ¡Oh piadoso y amoroso Señor de mi alma! Tambien decís Vos: Venid á mí todos los que teneis sed, que yo os daré á beber. ¡Pues cómo puede dejar de tener gran sed el que se está ardiendo en vivas llamas en las codicias de estas cosas miserables de la tierra! Hay grandísima necesidad de agua, para que en ella no se acabe de consumir. Ya sé yo, Señor mio, de vuestra bondad que se la dareis: Vos mismo lo decís, no pueden faltar vuestras palabras. Pues si de acostumbrados á vivir en este fuego, y de criados en él, ya no lo sienten, ni atinan de desatinados á ver su gran necesidad, ¿qué remedio, Dios mio? Vos venistes al mundo para remediar tan grandes necesidades como éstas, comenzad, Señor; en las cosas mas dificultosas se ha de mostrar vuestra piedad. Mirad, Dios mio, que

van vanando mucho vuestros enemigos: habed piedad de los que no la tienen de sí; ya que su desventura los tiene puestos en estado que no quieren venir á Vos, venid Vos á ellos, Dios mio. Yo os lo pido en su nombre, y sé que como se entiendan, y tornen en sí, y comiencen á gustar de Vos, resucitarán estos muertos. ¡Oh vida, que la dais á todos! No me negueis á mí esta agua dulcísima que prometeis á los que la quieren: yo la quiero, Señor, y la pido, y vengo á Vos: no os escondais, Señor, de mí, pues sabéis mi necesidad, y que es verdadera medicina del alma llagada por Vos. ¡Oh Señor, qué de maneras de fuegos hay en esta vida! ¡Oh con cuánta razon se ha de vivir con temor! Unos consumen el alma, otros la purifican, para que viva para siempre gozando de Vos. ¡Oh fuentes vivas de las llagas de mi Dios! Cómo manareis siempre con gran abundancia para nuestro nacimiento, y qué seguro irá por los peligros de esta miserable vida el que procuráre sustentarse de este divino licor.

X.

10. ¡Oh Dios de mi alma, qué priesa nos damos á ofenderos! ¡Y cómo os la dais Vos ma-

yor á perdonarnos! ¿Qué causa hay, Señor, para tan desatinado atrevimiento? Sí, es el haber ya entendido vuestra gran misericordia y olvidarnos de que es justa vuestra justicia. Cercáronme los dolores de la muerte, ¡oh, oh, oh, qué grave cosa es el pecado, que bastó para matar á Dios con tantos dolores! ¡Y cuán cercado estais, mi Dios, de ellos! ¿Adónde podeis ir, que no os atormenten? De todas partes es dan heridas mortales. ¡Oh cristianos! Tiempo es de defender á vuestro Rey, y de acompañarle en tan gran soledad, que son muy pocos los vasallos que le han quedado y mucha la multitud que acompaña á Lucifer: y lo que peor es, que se muestran amigos en lo público y véndenle en lo secreto: casi no halla de quién se fiar. ¡Oh amigo verdadero, qué mal os paga el que os es traidor! ¡Oh cristianos verdaderos! Ayudad á llorar á vuestro Dios, que no es por sólo Lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no habian de querer resucitar, aunque su Majestad les diese voces. ¡Oh, bien mio, qué presente teniais las culpas que he cometido contra Vos! Sean ya acabadas, Señor, sean acabadas, y las de todos. Resucitad á estos muertos, sean vuestras voces, Señor, tan poderosas, que aunque no os pidan

la vida se la deis, para que despues, Dios mio, salgan de la profundidad de sus deleites. No os pidió Lázaro que le resucitáseis. Por una mujer pecadora lo hicisteis, vedla aquí, Dios mio, y muy mayor: resplandezca vuestra misericordia. Yo, aunque miserable, lo pidió por las que no os lo quieren pedir. Ya sabeis, Rey mio, lo que me atormenta verlos tan olvidados de los grandes tormentos que han de padecer para sin fin, si no se tornan á Vos. ¡Oh, los que estais mostrados á deleites, y contentos, y regalos, y hacer siempre vuestra voluntad, habed lástima de vosotros! Acordaos que habeis de estar sujetos siempre, siempre, sin fin, á las furias infernales, mirad, mirad, que os ruega ahora el juez que os ha de condenar, y que no teneis un sólo momento segura la vida; ¿por qué no quereis vivir para siempre? ¡Oh dureza de corazones humanos! Ablándelos vuestra inmensa piedad, mi Dios.

XI.

11 ¡Oh váleme Dios! ¡Oh váleme Dios! ¡Qué gran tormento es para mí, cuando considero qué sentirá un alma que siempre ha sido acá tenida, y querida, y servida, y estimada, y re-

galada, cuando en acabándose de morir se vea ya perdida para siempre, entienda claro que no ha de tener fin: que allí no le valdrá querer no pensar las cosas de la fe (como acá ha hecho), y se vea apartar de lo que le parecerá que aún no habia comenzado á gozar! Y con razon, porque todo lo que con la vida se acaba, es un soplo, y rodeado de aquella compañía disforme y sin piedad, con quien siempre ha de padecer, metida en aquel lago hediondo, lleno de serpientes, que la que más pudiere le dará mayor bocado: en aquella miserable oscuridad adonde no verán sino lo que les dará tormento y pena, sin ver luz, sino de una llama tenebrosa. ¡Oh qué poco encarecido va para lo que es! ¡Oh Señor, quién puso tanto lodo en los ojos desta alma, que no haya visto esto, hasta que se vea allí! ¡Oh Señor, quién ha tapado sus oidos para no oír las muchas veces que se le habia dicho esto, y la eternidad destes tormentos! ¡Oh vida que no se acabará! ¡Oh tormento sin fin! ¡Oh tormento sin fin! ¿Cómo no os temen los que temen dormir en una cama dura, por no dar pena á su cuerpo? ¡Oh Señor Dios mio! Llora el tiempo que no lo entendí: y pues sabeis, mi Dios, lo que me fatiga ver los muchos que hay que no quieren en-

tenderlo; siquiera uno, Señor, siquiera uno que ahora os pido alcance luz de Vos, que seria para tenerla muchos. No por mí, Señor, que no lo merezco, sino por los méritos de vuestro Hijo mirad sus llagas, Señor, y pues él perdonó á los que se las hicieron, perdonadnos Vos á nosotros.

XII.

12 ¡Oh mi Dios y mi verdadera fortaleza! ¿Qué es esto, Señor, que para todos somos cobardes, sino es para contra Vos? Aquí se emplean todas las fuerzas de los hijos de Adan. Y si la razon no estuviese tan ciega, no bastarian las de todos juntos, para atreverse á tomar armas contra su Criador, y sustentar guerra continúa contra quien los puede hundir en los abismos en un momento, sino como está ciega, quedan como locos, que buscan la muerte: porque en su imaginacion les parece con ella ganar la vida: en fin, como gente sin razon. ¿Qué podemos hacer, Dios mio, á los que están con esta enfermedad de locura? Dicen que el mismo mal les hace tener grandes fuerzas; así es los que se apartan de Dios, gente enferma, que toda su fúria es con Vos, que les haceis más bien. ¡Oh sabiduría que no se puede comprender! Como fué

necesario todo el amor que teneis á vuestras criaturas, para poder sufrir tanto desatino, y aguardar á que sanemos, y procurarlo con mil manera de medios y remedios. Cosa es que me espanta, cuando considero que falta el esfuerzo para irse á la mano de una cosa muy leve, y que verdaderamente se hacen entender á sí mismos que no pueden, aunque quieren, quitarse de una ocasion, y apartarse de un peligro adonde pierden el alma; y que tengamos esfuerzo y ánimo para acometer á una tan gran Majestad como sois Vos. ¿Qué esto, bien mio? ¿Qué es esto? ¿Quién da estas fuerzas? ¿Por ventura el capitán á quien siguen en esta batalla contra Vos, no es vuestro siervo, y puesto en fuego eterno? ¿Por qué se levanta contra Vos? ¿Cómo da ánimo el vencido? ¿Cómo siguen al que es tan pobre que le echaron de las riquezas celestiales? ¿Qué puede dar quien no tiene nada para sí, sino mucha desventura? ¿Qué es esto, mi Dios? ¿Qué es esto, mi Criador? ¿De dónde vienen estas fuerzas contra Vos, y tanta cobardía contra el demonio? Aun si Vos, príncipe mio, no favoreciéradés á los vuestros. Aun si debiéramos algo á este príncipe de las tinieblas, no llevaba camino, por lo que para siempre nos teneis

guardado, y ver todos sus gozos y prometimientos falsos y traidores. ¿Qué ha de hacer con nosotros, quien lo fué contra vos? ¡Oh ceguedad grande, Dios mio! ¡Oh qué grande ingratitud, Rey mio! ¡Oh qué incurable locura, que sirvamos al demonio con lo que nos dais Vos, Dios mio! Que paguemos el gran amor que nos teneis, con amar á quien así os aborrece, y ha de aborrecer para siempre: que la sangre que derramastes por nosotros, y los azotes y grandes dolores que sufristes, y los grandes tormentos que pasastes, en lugar de vengar á vuestro Padre eterno (ya que Vos no quereis venganza, y lo perdonastes) de tan gran desacato, como se usó con su Hijo, tomamos por compañeros y por amigos á los que así le trataron, pues seguimos á su infernal capitan; claro está que hemos de ser todos unos, y vivir para siempre en su compañía, si vuestra piedad no nos remedia de tornarnos el seso, y perdonarnos lo pasado. ¡ Oh mortales, volved, volved en vosotros! Mirad á vuestro Rey, que ahora le hallareis manso: acábese ya tanta maldad; vuélvanse vuestras furias y fuerzas contra quien os hace la guerra, y os quiere quitar vuestro mayorazgo. Tornad, tornad en vosotros, abrid los ojos, pedid con grandes clamo-

res y lágrimas luz á quien la dió al mundo; entendedos por amor de Dios, que vais á matar con todas vuestras fuerzas á quien por daros vida perdió la suya; mirad que es quien os defiende de vuestros enemigos. Y si todo esto no basta, básteos conocer que no podeis nada contra su poder, y que tarde ó temprano habeis de pagar con fuego eterno tan gran desacato y atrevimiento. ¿Es porque veis á esta Majestad atado y ligado con el amor que nos tiene? ¿Qué más hacian los que le dieron la muerte, sino despues de atado darle golpes y heridas? ¡Oh mi Dios! ¡Cómo padeceis por quién tan poco se duele de vuestras penas! Tiempo vendrá, Señor, donde haya de darse á entender vuestra justicia, si es igual de la misericordia. Mirad, cristianos, considerésmolo bien, y jamás podremos acabar de entender lo que debemos á Nuestro Señor Dios, y las magnificencias de sus misericordias. Pues si es tan grande su justicia, ¡hay dolor! ¡hay dolor! ¿Qué será de los que hayan merecido que se ejecute, y resplandezca en ellos?

XIII.

13 ¡Oh almas, que ya gozais sin temor de vuestro gozo, y estais siempre embebidas en

alabanzas de mi Dios! Venturosa fué vuestra suerte. ¡Qué gran razon teneis de ocuparos siempre en estas alabanzas, y qué envidia os tiene mi alma, que estais ya libres del dolor que dan las ofensas tan grandes que en estos desventurados tiempos se hacen á mi Dios, de ver tanto desagradecimiento, y de ver que no se quiere ver esa multitud de almas que lleva Satanás! ¡Oh bienaventuradas ánimas celestiales! Ayudad á nuestra miseria, y sednos intercesores ante la Divina misericordia, para que nos dé algo de vuestro gozo, y reparta con nosotras de ese claro conocimiento que teneis. Dadnos, Dios mio, Vos á entender, qué es lo que se da á los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida. Alcanzadnos, oh ánimas amadoras, á entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y cómo es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar. ¡Oh desventurados de nosotros, Señor mio, que bien lo sabemos y creemos, sino que con la costumbre tan grande de no considerar estas verdades, son tan extrañas ya de las almas, que ni las conocen ni las quieren conocer! ¡Oh gente interesada, codiciosa de sus gustos y deleites, que por no esperar un breve tiempo á gozarlos

tan en abundancia, por no esperar un año, por no esperar un dia, por no esperar una hora, y por ventura no será más que un momento, lo pierden todo, por gozar de aquella miseria que ven presente! ¡Oh, oh, oh, qué poco fiámos de Vos, Señor! ¿Cuántas mayores riquezas y tesoros fiastes Vos de nosotros, pues treinta y tres años de grandes trabajos, y despues muerte tan intolerable y lastimosa, nos dístes á vuestro Hijo, y tantos años antes de nuestro nacimiento, y aún sabiendo que no os lo habíamos de pagar, no quisistes dejarnos de fiar tan inestimable tesoro, porque no quedase por Vos, lo que nosotros granjeando con él podemos ganar con Vos, Padre piadoso! ¡Oh ánimas bienaventuradas, que tan bien os supísteis aprovechar, y comprar heredad tan deleitosa y permanente con este precioso precio! decidnos, ¡cómo granjeábais con él bien tan sin fin? Ayudadnos, pues, estais tan cerca de la fuente, coged agua para los que acá perecemos de sed.

XIV.

14 ¡Oh Señor y verdadero Dios mio! Quien no os conoce, no os ama. ¡Oh qué gran verdad es esta! ¡Mas ay dolor, ay dolor, Señor, de los que

no os quieren conocer! Temerosa cosa es la hora de la muerte; ¡mas ay, ay, Criador mio! ¿Cuán espantoso será el día adonde se haya de ejecutar vuestra justicia? Considero yo muchas veces, Cristo mio, cuán sabrosos y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos á quien os ama y Vos, bien mio, quereis mirar con amor. Paréceme que sola una vez deste mirar tan suave á las almas que teneis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio. ¡Oh válame Dios! ¡Qué mal se puede dar esto á entender, sino á los que ya han entendido cuán suave es el Señor! ¡Oh cristianos, cristianos! Mirad la hermandad que teneis con este gran Dios, conocedle, y no le menospreciéis; que así como este mirar es agradable para sus amadores, es terrible, como espantable furia, para sus perseguidores. ¡Oh que no entendemos que es el pecado una guerra campal contra Dios de todos nuestros sentidos y potencias del alma! El que más puede, más traiciones intenta contra su Rey. Ya sabeis, Señor mio, que muchas veces me hacia á mí más temor acordarme si habia de ver vuestro divino rostro airado contra mí én este espantoso día del juicio final, que todas las penas y furias del infierno que se representaban, y os suplicaba me

valiese vuestra misericordia de cosa tan lastimosa para mí, y así os lo suplico ahora, Señor. ¡Qué me puede venir en la tierra, que llegue á esto! Todo junto lo quiero, mi Dios, y líbrame de tan gran afliccion. No deje yo á mi Dios, no deje de gozar de tanta hermosura en paz; vuestro Padre nos dió á Vos, no pierda yo, Señor mio, joya tan preciosa. Confieso, Padre eterno, que la he guardado mal: mas aún remedio hay, Señor, remedio hay, mientras vivimos en este destierro. ¡Oh hermanos, oh hermanos, é hijos deste Dios! Esforcémonos, esforcémonos, pues sabeis que dice su Majestad, que en pesándonos de haberle ofendido, no se acordará de nuestras culpas y maldades. ¡Oh piedad tan sin medida! ¿Qué más queremos? ¿Por ventura hay quien no tuviera vergüenza de pedir tanto? Ahora es tiempo de tomar lo que nos da este Señor piadoso, y Dios nuestro: pues quiere amistades, ¿quién las negará á quien no negó derramar toda su sangre, y perder la vida por nosotros? Mirad que no es nada lo que pide, que por nuestro provecho nos está bien el hacerlo. ¡Oh válame Dios, Señor! ¡Oh qué dureza! ¡Oh qué desatino y ceguedad! que si se pierde una cosa, una aguja ó un gavilan, que aprovecha de mas de dar un

gustillo á la vista de verle volar por el aire, nos da pena, y que no lo tengamos de perder esta Aguila caudalosa de la majestad de Dios, y un reino que no ha de tener fin el gozarle! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? Yo no lo entiendo: remediad, Dios mio, tan grande desatino y ceguedad.

XV.

15. ¡Ay de mí! ¡ay de mí, Señor! Que es muy largo este destierro, y pásase con grandes penalidades del deseo de mi Dios. Señor, ¿qué hará un alma metida en esta cárcel? ¡Oh Jesús! ¡Qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es, mi Dios, para ganar con él la vida que no se puede acabar, mas muy larga para el alma que se desea ver en la presencia de su Dios. ¡Qué remedio dais á este padecer! Nole hay sino cuando se padece por Vos. ¡Oh mi suave descanso de los amadores de mi Dios! No falteis á quien os ama, pues por Vos ha de crecer y mitigarse el tormento que causa el amado al alma que le desea. Deseo yo, Señor, contentaros, mas mi contento bien sé que no está en ninguno de los mortales: siendo esto así, no culparéis á mi deseo. Veisme aquí, Señor; si es necesario vivir para haceros algun servicio, no

rehuso todos cuantos trabajos en la tierra me puedan venir, como decia vuestro amador San Martin. ¡Mas, ay dolor! ¡Ay dolor de mí, Señor mio! Que él tenía obras, y yo tengo solas palabras, que no valgo para más. Valgan mis deseos, Dios mio, delante de vuestro divino acatamiento, y no mireis á mi poco merecer. Merezcamos todos amaros, Señor; ya que se ha de vivir, vívase para Vos, acábense ya los deseos é intereses nuestros: ¿qué mayor cosa puede ganar que contentaros á Vos? ¡Oh contento mio, y Dios mio! ¿Qué haré yo para contentaros? Miserables son mis servicios, aunque hiciese muchos á mi Dios: pues ¿para qué tengo de estar en esta miserable miseria? Para que se haga la voluntad del Señor. ¿Qué mayor ganancia, ánima mia? Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el dia, ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve, largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes á tu Dios, y más te gozarás con tu amado con gozo y deleite que no puede tener fin.

XVI.

16. ¡Oh verdadero Dios y Señor mio! Gran consuelo es para el alma que le fatiga la soledad de estar ausente de Vos, ver que estais en todos cabos; mas cuando la reciedumbre del amor y los grandes ímpetus de esta pena crece, ¿qué aprovecha, Dios mio, que se turbe el entendimiento y se esconda la razon para conocer esta verdad, de manera que no se puede entender ni conocer? Sólo se conoce estar apartada de Vos, y ningun remedio admite; porque el corazon que mucho ama, no admite consejo, ni consuelo, sino del mismo que le llagó, porque de ahí espera que ha de ser remediada su pena. Cuando Vos quereis, Señor, presto sanais la herida que habeis dado; antes no hay que esperar salud ni gozo, sino el que se saca de padecer tan bien empleado. ¡Oh verdadero amador! con cuánta piedad, con cuánta suavidad, con cuánto deleite, con cuánto regalo, y con cuán grandísimas muestras de amor curais estas llagas, que con las saetas del mismo amor habeis hecho! ¡Oh Dios mio y descanso de todas las penas, qué desatinada estoy! ¿Cómo podia haber medios humanos que curasen los que ha enfermado el

fuego divino? ¿Quién ha de saber hasta dónde llega esta herida, ni de qué procedió, ni cómo se puede aplacar tan penoso y deleitoso tormento? Sin razon seria tan precioso mal poder aplacarse por cosa tan baja como es los medios que pueden tomar los mortales. Con cuánta razon dice la esposa de los Cantares: Mi amado á mí: y yo á mi amado, y mi amado á mí: porque semejante amor no es posible comenzarse de cosa tan baja como el mio. Pues si es bajo, Esposo mio, ¿cómo no para en cosa criada hasta llegar á su Criador? ¡Oh mi Dios! ¿Por qué yo á mi amado? Vos, mi verdadero amador, comenzais esta guerra de amor, que no parece otra cosa un desasosiego y desamparo de todas las potencias y sentidos que salen por las plazas y por barrios, conjurando á las hijas de Jerusalem, que le digan de su Dios. Pues Señor, comenzada esta batalla, á quien ha de ir á combatir, sino á quien se ha hecho señor de esta fortaleza adonde moraban, que es lo mas superior del alma, y echándolas fuera á ellas, para que tornen á conquistar á su conquistador, y ya cansadas de haberse visto sin él, presto se dan por vencidas, y se emplean perdiendo todas sus fuerzas, y pelean mejor; y en dándose por vencidas, vencen á su ven-

cedor. ¡Oh ánima mia! ¡Qué batalla tan admirable has tenido en esta pena, y cuán al pié de la letra pasa así! Pues mi amado á mí, y yo á mi amado. ¡Quién será el que se meta á despartir y á matar dos fuegos tan encendidos! Será trabajar en balde, porque ya se ha tornado en uno.

XVII.

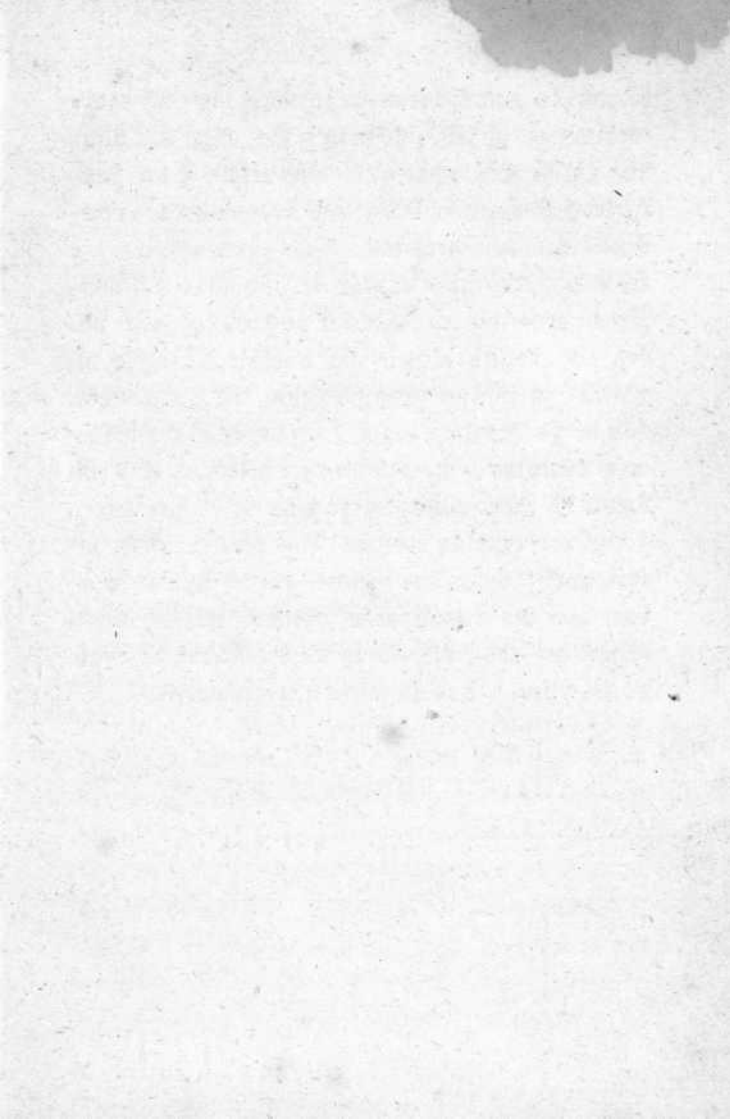
17. ¡Oh Dios mio, y mi sabiduría infinita, sin medida y sin tasa, y sobre todos los entendimientos angélicos y humanos! ¡Oh amor, que me amas más de lo que yo me puedo amar ni entiendo! ¿Para qué quiero, Señor, desear más de lo que Vos quisiéredes darme? ¿Para qué me quiero cansar en pedir os cosa ordenada por mi deseo, pues todo lo que mi entendimiento puede concertar y mi deseo desear, teneis Vos ya entendidos sus fines, y yo no entiendo como me aprovechar? En esto que mi alma piensa salir con ganancia, por ventura estará mi pérdida. Porque si os pido que me libreis de un trabajo, y en aquel está el fin de mi mortificación, ¿qué es lo que pido, Dios mio? Si os suplico me lo deis, no conviene por ventura á mi paciencia, que aún está flaca y no puede sufrir tan gran golpe: y si con ella le paso, y no estoy fuerte en

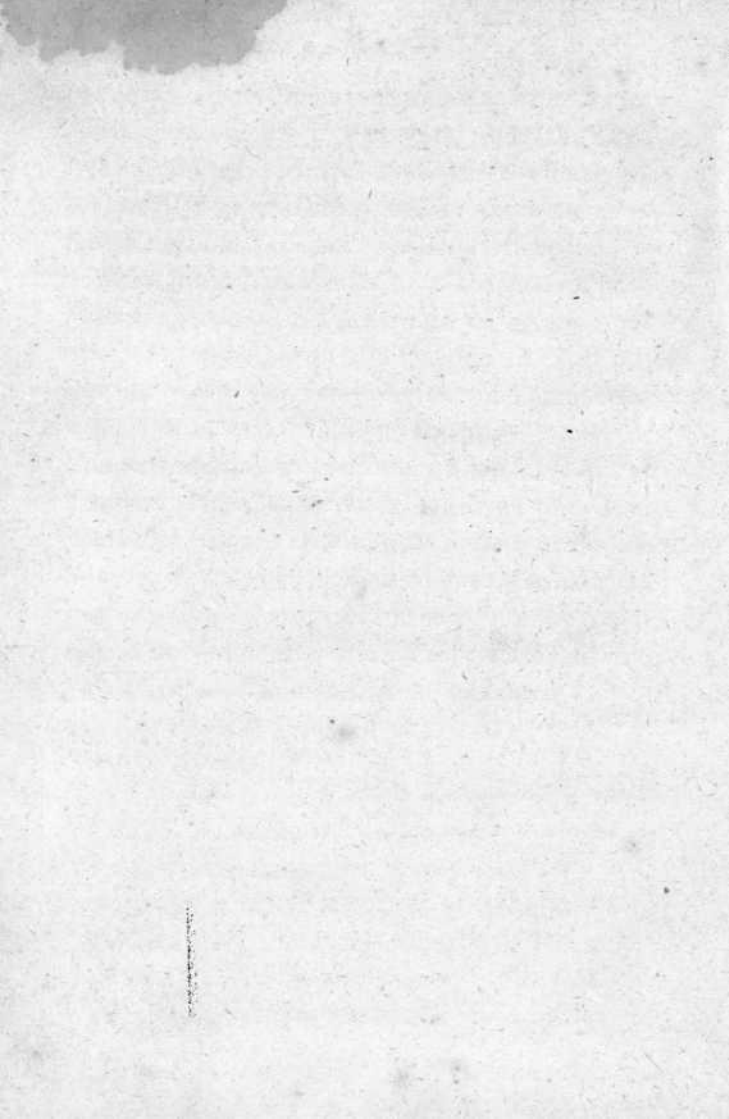
la humildad, podrá ser que piense he hecho algo, y haceislo Vos todo, mi Dios. Si quiero padecer más, no querria en cosas en que parece no conviene para vuestro servicio perder el crédito, ya que por mí no entienda en mí sentimiento de honra, y podrá ser que por la misma causa que pienso se ha de perder, se gane más para lo que pretendo, que es serviros. Muchas cosas más pudiera decir en esto, Señor, para darme á entender, que no me entiendo: mas como sé que las entendeis, ¿para qué hablo? Para que cuando veo despierta mi miseria, Dios mio, y ciega mi razon, pueda ver si la hallo aquí en esto escrito de mi mano: que muchas veces me veo, mi Dios, tan miserable y flaca y pusilánime, que ando á buscar qué se hizo vuestra sierva, la que ya le parecia tenía recibidas mercedes de Vos, para pelear contra las tempestades de este mundo. Que no, mi Dios, no, no más confianza en cosa que yo pueda querer para mí: quered Vos de mí lo que quisiéredes querer, que eso quiero, pues está todo mi bien en contentaros: y si Vos, Dios mio, quisiéredes contentarme á mí, cumpliendo todo lo que pide mi deseo, veo que iria perdida. ¡Qué miserable es la sabiduría de los mortales, é incierta su

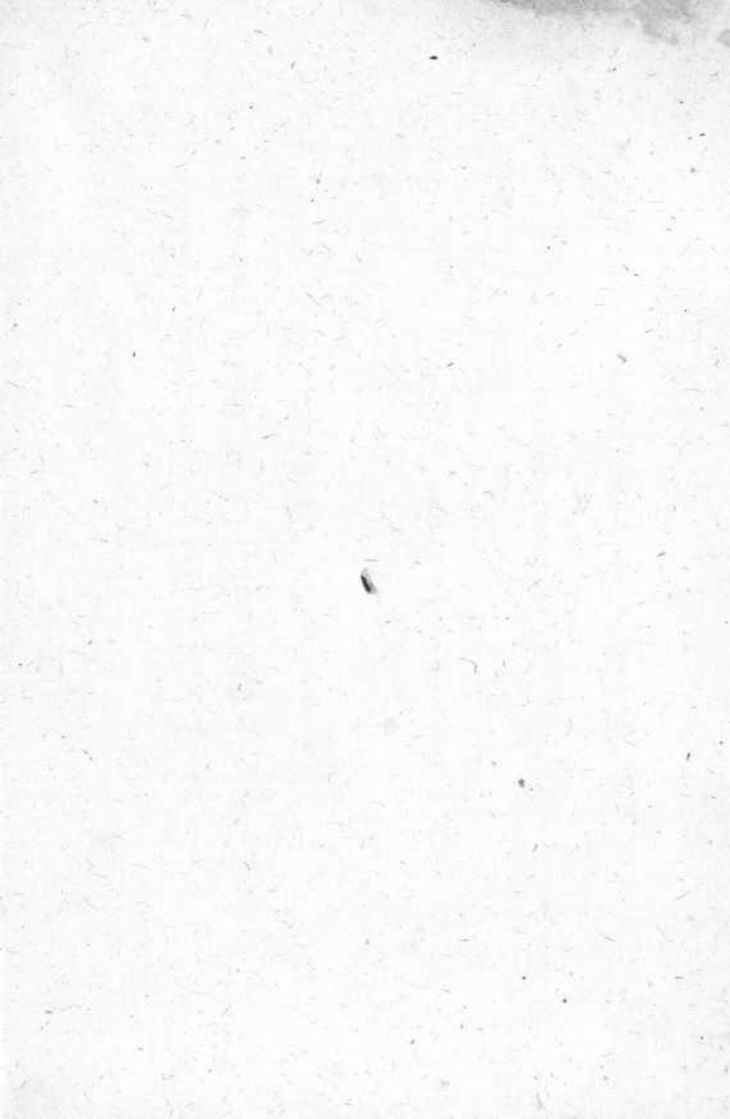
providencia! Proveed Vos por la vuestra los medios necesarios, para que mi alma os sirva mas á vuestro gusto que al suyo. No me castigueis en darme lo que yo quiero ó deseo, si vuestro amor (que en mí viva siempre) no lo deseare. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es mas que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir: él viva y me dé vida, él reine y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad. ¿Cómo será libre el que del Sumo estuviere ajeno? ¿Qué mayor ni mas miserable cautiverio, que estar el alma suelta de la mano de su Criador? Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos, é inhabilitados para ser poderosos para soltarse. Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno. ¡Oh quién se viese ya muerto de sus manos y arrojado en este divino infierno, de donde, de donde ya no se esperase poder salir ó por mejor decir, no se temiese verse fuera! Más ay de mí, Señor, que mientras dura esta vida mortal, siempre corre peligro la eterna. Oh vida enemiga de mi bien, y quién tuviese licencia de acabarte: súfrote porque sufre Dios, y manténgote porque eres suya; no me seas.

traidora ni desagradecida. Con todo esto, ay de mí, Señor, que mi destierro es largo: breve es todo tiempo, para darle por vuestra eternidad; y muy largo es un solo dia, y una hora para quien no sabe y teme si os ha de ofender. ¡Oh libre albedrío tan esclavo de tu libertad, si no vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡Oh cuándo será aquel dichoso dia, que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad, donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de tu Dios! Él es bienaventurado, porque se conoce, y ama, y goza de sí mismo, sin ser posible otra cosa: no tiene, ni puede tener, ni fuera perfeccion de Dios poder tener libertad para olvidarse de sí, y dejarse de amar. Entónces, alma mia, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares con este sumo bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza. Ya que vieres perdida tu mudable voluntad, ya, ya no más mudanza, porque la gracia de Dios ha podido tanto, que te ha hecho partícipera de su divina naturaleza, con tanta perfeccion, que ya no puedas, ni desees poder olvidarte del sumo Bien, ni dejar de gozarle jun-

to con su amor. Bienaventurados los que están escritos en el libro de esta vida. Más tú, alma mía, si lo eres, ¿por qué estás triste y me conturbas? Espera en Dios, que aún ahora me confesaré á él mis pecados, y sus misericordias, y de todo junto haré cantar de alabanza con suspiros perpétuos al Salvador mio y Dios mio: podrá ser venga algun dia cuando le cante mi gloria, y no sea compungida mi conciencia, donde ya cesarán todos los suspiros y miedos: mas entretanto en esperanza y silencio será mi fortaleza. Más quiero vivir y morir en pretern y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes, que se han de acabar. No me desampares, Señor, porque en tí espero no sea confundida mi esperanza; sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres.









Siete libros

MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN II

Obras de Santa Teresa de Jesús

no lo p

Número.....	<i>2264</i>	Ptas.
Estante.....	<i>117</i>	»
Tabla.....		»

Clave

2

